

Onda Azul. Programa 7
Julio 6, 2005

Buenos días. Si me permiten, los acompañaré un ratito. Soy Ana María Pino Jordán, promotora de La Casa del Corregidor.

El otro día me preguntaban por qué insisto tanto en eso de fortalecer la identidad, el autoestima. Y claro, la identidad tiene varias formas de expresarse. Por ejemplo, tener un nombre, apellidos, un sexo, te define una identidad oficial, que se consigna en tu DNI, que no significa otra cosa que Documento Nacional de Identidad, tienes una identificación como persona, como familia y un número de registro como ciudadano. Ser de un lugar, Perú por citar un caso, da otra característica a tu identidad, eres de un país determinado y siguiendo en el campo oficial, nuestros símbolos patrios (bandera, escudo, himno) nos definen también una identidad. Pertenecer a un grupo social, gremio, tener una profesión, o ser militante de algún partido político, o ser socio de algún club, o formar parte de un grupo confesional o religioso, también nos da otra característica de identidad. Pertenecer a un grupo cultural, señala también otra característica de identidad y también caracteriza identidad nuestros rasgos físicos. Casi todas esas identidades las podemos cambiar si por alguna razón dejaron de gustarnos o ya no nos conviene o nos convence, inclusive el nombre. Sin embargo, hay algunas que nos marcan y difícilmente podemos ignorarlas sin entrar en conflicto con nosotros mismos, es el caso de nuestra identidad cultural y nuestros rasgos físicos, esas no las elegimos, vienen con nosotros y lo más saludable es aceptarlas y valorarlas.

El problema viene cuando no quieres ser lo que eres, en consecuencia vives o rechazándote, no queriéndote, mezquinando valor a todo lo que te rodea, sin reconocer tus necesidades, o vives soñando con la fantasía que eres otro (que además muy difícilmente serás algún día). Es decir, lloras por lo que no tienes y no ves ni disfrutas lo que tienes.

¿Qué resulta de esto? Varias cosas en las que muchas personas tal vez se vean retratadas, por ejemplo:

- Una permanente infelicidad, un sentirse inferior, un sentirse incapaz (básicamente porque no puedes cambiar lo que no te gusta) y lo más serio de esto es que tus decisiones, tus opciones, están tergiversadas, distorsionadas por eso que es tu sueño o fantasía (que te persigue siempre). Se ve permanentemente cuando se proponen objetivos de desarrollo pensando más en lo que se quiere fantasiosamente que en lo que se tiene y puede;
- también, una permanente frustración por las elecciones equivocadas que hacemos,
- una dificultad de comunicarnos de igual a igual con otros (a no ser que los consideremos inferiores), y
- vivimos con una permanente sensación de perdedores.

En resumen, una estimación muy pobre de nosotros mismos o lo que se denomina una pobre autoestima.

He resumido harto y tal vez simplificado enormemente una problemática que es mucho más compleja. Pero, a contrapelo, tratemos de imaginar cómo sería nuestra vida si comenzáramos a valorar lo que somos y lo que tenemos, ¿no creen ustedes que

comenzaríamos a decidir mejor? ¿a elegir mejor? ¿a mejorar nuestras condiciones de vida? ¿a progresar? ¿a desarrollarnos como personas y como sociedad? ¿no sería lindo?.
Gracias.